

ausencia, el marqués Felipe iba en su busca.

Cuando los invitados dirigíanse á los salones preparados para el baile, el conde de Puyrassieux se alejó un momento, llevando consigo á su anciano criado Francisco, el mismo con quien había hablado en voz baja y confidencialmente durante la comida.

—Oye, Francisco—decía el conde á su criado;—antes de tomar medidas que serían acaso inútiles, precisa estar seguro: ¿no te has engañado? El celo de que siempre me has dado pruebas te ha causado quizá una equivocación. Todo cuanto me dices me parece inverosímil, te lo aseguro.

—Y sin embargo es todo cierto, señor,—contestó Francisco.

—Pero en fin ¿cómo has podido sospechar todo lo que acabas de decirme? ¿Quien te ha indicado e ta amenaza misteriosa que aguarda precisamente al último momento para estallar?

—Señor—prosiguió Francisco,—siempre fué usted para mí un dueño excelente, y siempre he sido yo para usted un bueno y fiel servidor; usted me lo ha recompensado, pues gracias á usted tengo mi pan asegurado para el resto de mis días. No puede usted hacer más de lo que ya ha hecho, y por mi parte, no teniendo nada que desear, no necesito dar prueba de un celo y de una vigilancia inútiles. No le diré, pues, que estaba hace ya tiempo á la zaga del que por fin he encontrado hoy, y cuyos propó-

sitos he podido averiguar: no hay tal. La casualidad sola me ha puesto en el camino de este misterio que, según usted dice, encierra una amenaza para su felicidad, y, en cuanto he visto clara la cosa, he corrido á manifestárselo.

—Pero—insistió el conde—dime por qué circunstancias has podido conocer este secreto.

—Debo ante todo decir á usted, señor, que hace más de un mes estoy enterado de la llegada á Francia de aquella anciana gitana que se llama Beatriz, á quien yo creí cómplice en el asesinato que se le preparaba á usted hace tiempo en España. No quiso usted creer en la complicidad de aquella mujer en el asunto; pero, por lo que á mí toca, hace tiempo que mis dudas se convirtieron en realidad. Volviendo á encontrar á Beatriz en París, precisamente cuando acababa de concertarse la unión de usted con doña María, no pude impedir que me asaltaran nuevos temores. Atribuí el regreso de aquella mujer al casamiento de usted, y sabiendo el odio que á usted tiene esa infernal criatura, me puse á vigilarla, y muchas veces la sorprendí por las inmediaciones de esta casa, en la que puedo asegurar á usted que jamás ha entrado.

—¿Por qué no me lo habías avisado?—preguntó el conde.

—No quería alarmar á usted fundándome sólo en suposiciones—contestó Francisco,—

y, aun cuando no conocía con certeza los propósitos de la gitana, suponiendo que no podían ser más que peligrosos para usted, me limité á impedir toda clase de relaciones directas ó por cartas entre Beatriz y doña María, quien, ayer todavía no sospechaba que su compatriota estuviese en París.

—¿Cómo, pues, lo ha sabido?—dijo el conde Puyrassieux.

—Ya se lo he dicho antes, señor,—replicó Francisco.—Viendo que todas sus tentativas de comunicación no le habían dado resultado, ha empleado esta vez un medio que no he podido impedir. Ha esperado á doña María en la puerta de la iglesia y le ha entregado una carta por mano del marqués Felipe.

¿Y qué se ha hecho de esta carta?

—Está ahora en manos de doña María, quien la ha encontrado en su ajuar, donde la había colocado su padrino, creído, sin duda, que la tal gitana era una pordiosera y que la carta era una petición de limosna.

—Pues en este caso, ¿qué puede hacerle suponer que esta carta encierra, efectivamente, otra cosa que una súplica? Ignoras lo que hay en ella escrito, al fin y al cabo.

—Por el contrario, lo adivino, señor. Si el motivo de la carta de Beatriz fuese únicamente el que usted dice, de leerla no habría causado á doña María el desvanecimiento que he presenciado momentos antes de la comida; pero no es esto todo, señor, y lo

que me queda por decir á usted le convenirá de que realmente hay un peligro que le amenaza esta noche.

—¿Qué más hay? habla pronto,—exclamó con ansiedad el conde.

—Escúcheme usted—dijo Francisco.—Como había visto que Beatriz daba la carta al marqués Felipe, pensé que esta insistencia por comunicar con doña María escondía aún otro secreto, y esta sospecha creció aún más cuando observé la alegría que se pintó en el rostro de la vieja al ver en manos seguras la misiva que había llevado. Escondido cuidadosamente, había observado todo esto sin ser visto, y en el momento en que Beatriz salía de la iglesia, salí yo también y quedéme á cierta distancia de la mendiga, que andaba muy deprimida; la seguí convencidísimo de que iba á dar cuenta del buen éxito de su empresa á alguien que estaba en ello interesado, y quise saber quién sería el oculto personaje.

No me fué preciso andar mucho, pues Beatriz, al dejar la iglesia de Saint-Philippe-du-Roule, se dirigió al hospital Beaujon, que dista poco del templo; no pude seguirla al interior por no ser día de entrada pública, lo que, por otra parte, no hubiera sido prudente, pues quería que no me encontrase. Por lo que pudiera acaecer tomé la resolución de aguardar su salida del hospital, y fui á espiarla desde una taberna que hay frente á la puerta del mismo. No se hizo esperar

mucho; antes de media hora salía acompañada de un hombre. Pero subieron tan deprisa en un carruaje preparado, sin duda, que me fué imposible reconocerle.

Había hecho demasiado para no terminar mi trabajo: seguí lejos al coche, que andaba casi al paso, y se detuvo á los diez minutos delante de una fonda de pobre aspecto en lo alto del Arrabal de Roule, cerca de la Barrera.

Me situé á una prudente distancia para observar, cuando bajara del coche, al hombre que Beatriz había ido á recoger al hospital, y de nuevo la distancia á que por precaución tuve que situarme me impidió distinguir completamente su rostro. Sin embargo, el traje y los movimientos de aquel joven, que parecía estar sumamente débil, despertaron de pronto en mi pensamiento una sospecha que resolví aclarar.

Para ello, precisaba esperar la nueva partida de Beatriz, que había entrado en la tonda con el joven. No queriendo exhibir mi espera enmedio de la calle, entré en un café cercano y me puse á observar desde la ventana.

—¿Qué más?—dijo el conde cuya impaciencia se desbordaba.—¿Qué más?

—Al cabo de una hora Beatriz no había salido aún, y me decidía á abandonar mi observatorio cuando se abrió una de las rejillas de la fonda. Miré con gran atención y ví...

—¿Qué viste?—dijo el conde con ansiedad.

—Ví que no me había equivocado en mis suposiciones. El hombre que Beatriz había ido á buscar al hospital, era... no precisa que os diga su nombre—añadió Francisco mirando á su dueño,—veo en vuestra mirada que lo habéis ya adivinado.

—No adivino nada, no quiero las cosas á medias,—dijo el conde apretando con violencia el brazo de su criado. Aunque tus palabras hayan de volverme loco, dímelas pronto: ¿quién era ese hombre?

—Enriquo Méndez... á quien usted mató en duelo hace seis meses, en las afueras de Madrid.

—¡Enrique Méndez, vivo!—exclamó el conde.—Es imposible: le ví muerto á mis pies.

—Le mató usted mal, señor,—dijo Francisco.—Precisa empezar de nuevo.

—¡Méndez vivo!—murmuró el conde.—¡Enrique en París con Beatriz, en el momento de mi casamiento!

—Oye, Francisco—dijo luego en voz alta mirando á su criado: ¿sabes algo todavía y me lo ocultas?

—He dicho á usted cuanto sabía; ahora voy á decirle lo que presumo. Pero ante todo, señor, esté usted seguro de mi abnegación; ya sabe que mi celo es desinteresado; no se ofenda, pues, por mis presunciones y no se enoje conmigo si mis sospechas alcanzan á la persona que lleva ahora el nombre de usted.

El conde palideció, pero no despegó los labios é hizo seña á Francisco que estaba dispuesto á escucharle.

—Señor, he aquí mi idea: la carta entregada al marqués Felipe por Beatriz era del español. Esta carta está ya en poder de doña María; ya he dicho á usted que su lectura le había causado una viva emoción, de que yo fuí testigo ignorado; pero lo que no le he dicho todavía es que doña María, creyendo estar sola, exclamó:

«¿Cómo contestarle?»

—¿Estás seguro de esto?—dijo el conde estremeciéndose.

—He oído perfectamente estas palabras.

—Pero no puedo, sin embargo, sospechar de María, no puedo hacerla vigilar, sería una infamia. Te habrás engañado, Francisco; habrás visto, oído mal; si mi mujer ha recibido el billete de Méndez, si lo ha leído, ha sido porque la han engañado. Ella creía que esta carta tenía otra procedencia, ignoraba el contenido, y luego de leerla la habrá arrojado á sus pies.

—Luego de leer este billete la señora condesa lo ha guardado en su seno, y ha exclamado, retorciéndose las manos: «¡Dios mío, qué es lo que he hecho! ¡Cómo contestarle!» Lo he visto muy bien y oído perfectamente.

—Pero es imposible esto,—dijo el conde.—Desde el primer día faltará mi confianza... Te repito que no es posible. Además, que María no se ha separado de mí ni un ins-

tante desde que ha recibido esta carta. En el primer momento quizá habrá querido contestar, acaso para impedir que ese joven haga alguna locura; pero no contestará.

—Señor—dijo Francisco haciendo ver al conde una muchacha de servicio que pasaba á hurtadillas por una galería contigua.—¿Ve usted á esa mujer?

—Sí—dijo el conde,—es Inés, la camarera de mi mujer. ¿Y qué?

—Pues apuesto lo que usted quiera á que se lleva una contestación para Enrique Méndez.

—¡Oh!—añadió el conde—voy á saberlo.

—No es necesario dar escándalo—replicó Francisco;—déjeme usted á mí: dentro de una hora lo sabré todo y vendré á informarle de lo que haya descubierto.

—Te lo prohibo—dijo el conde,—no lo quiero, sería infame.

—Dentro de una hora, señor, estaré en su despacho—añadió Francisco,—y salió dejando al conde de Puyrassieux asaltado de dudas horribles.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía golpeándose la frente con las manos;—¿será, pues, verdad todo lo que me dicen acerca de ella?...

Sin embargo, como la etiqueta exigía que se presentara en el salón, donde el baile no tardaría en comenzar, el conde salió de su despacho y fué á reunirse á los invitados. Por más que se esforzaba, no pudo en los

primeros momentos disimular del todo, bajo un rostro falso é indiferente las dudas y angustias de que era presa interiormente. El marqués Felipe, acostumbrado á leer los pensamientos más secretos en las líneas del rostro, adivinó que el marido de su ahijada estaba atormentado por alguna misteriosa preocupación, y dirigió al conde de Puyrassieux algunas preguntas precedidas de un sin fin de precauciones oratorias. El conde, viendo descubierto el estado de su ánimo, se esforzó únicamente en disfrazar la verdadera causa, atribuyéndolo á cualquier motivo, que el marqués Felipe creyó, ó al menos fingió creer; pues luego de dejar al conde no le perdió de vista y se apercibió de las repetidas veces que éste salía del salón, yendo cada cinco minutos á su despacho por si Francisco había vuelto.

Al cabo de una hora, según le había prometido, el criado entraba en el despacho.

—¿Qué sabes?—exclamó en el acto el conde de Puyrassieux;—¿qué has averiguado?

—Señor, he seguido á Inés—contestó Francisco.

—Y qué más... ¿á dónde iba?

—Paciencia, señor conde... Cuando ha salido de la casa Inés, según ya me figuraba, se ha dirigido al Arrabal del Roule. Pero frente al hospital Beaujon, no sé por qué causa se ha vuelto de repente, y, si bien la distancia que nos separaba era bastante grande, creo que se apercibió de mí,

pues se detuvo indecisa un momento como si reflexionara; luego ví que sacaba una carta de su bolsillo.

—La de mi mujer—dijo el conde.

—Probablemente. Inés, con la carta en la mano, se acercó á un mozo de cuerda y le habló enseñándole la carta; el hombre le indicó una de las calles que unen el Arrabal del Roule con la Avenida de los Campos Elíseos, y ví á Inés que se dirigía hacia esta calle. Para no perderla de vista apresuré el paso y la alcancé otra vez cuando entraba en la calle de Chaillot.

Pero—dijo el conde—allí no vive Enrique Méndez. ¿No me habías dicho antes que vivía en una fonda del Arrabal del Roule?

—Sí, señor, y así es en efecto. Pero déjeme usted explicarle por qué la camarera de doña María había tomado este falso camino. Sabe que soy á usted tan adicto como ella lo es á su dueña; á pesar de mis precauciones, se había apercebido de que yo la seguía. Ha comprendido que la vigilaba, y, para engañarme ha fingido preguntar al mozo de cuerda por una calle que conocía ella muy bien, lo que, cuando menos (así lo creía ella) tenía que hacerme pensar que el objeto de su salida no era el que yo suponía. Mas yo soy perro viejo, y no se me engaña tan fácilmente; tenía ya mis ideas, y las astucias de Inés no podían hacerme desistir de ella. Había adivinado mis propósitos,

pero también yo había adivinado los suyos, y comprendí que no creyendo ya prudente llevar ella misma el recado que le habían encargado, pues que sabía que yo la seguía, lo haría llevar por otra persona desconocida para mí, y cuya complicidad no podía yo sospechar.

—Finalmente—dijo el conde con impaciencia,—¿qué ha sucedido? ¿Tenías ó no razón en tus dudas?

—Tenía razón, señor—dijo Francisco;—pero déjeme usted terminar. Como á la mitad de la calle de Chaillot, Inés se volvió para ver si yo insistía. Me vió á unos cincuenta pasos detrás de ella; luego, después de andar otros cinco minutos, entró en una casa de pobre aspecto. En cuanto á mí, proseguí mi camino y fuí á apostarme á medio tiro de fusil, pasada la casa cuya entrada no perdía de vista. Momentos después ví salir á Inés, que me encontró al paso, y creyó sin duda que la seguiría de nuevo y perdería de ese modo la pista de la carta. Pero el anzuelo estaba demasiado á la vista y no me dejé coger, aunque creí prudente hacer ver á la astuta criada que me había engañado. Como andaba muy poco á poco, probablemente para que me fuera más fácil seguirla, me acerqué á un anciano que pedía limosna á la puerta de la iglesia.—«¿Queréis ganar cinco francos?—le dije.—¿Qué hay que hacer para ello, señor?—contestóme con alegría.—Seguiréis á la primera persona que

salga de la casa número 31, y volveréis á decirme á dónde ha ido: os aguardo á la puerta del hospicio Beaujon. Si llegáis antes que yo, esperadme.» Y volví á seguir á Inés, que continuaba tranquilamente su camino, á la que dejé en el momento en que entraba en casa. Fuí entonces de nuevo hasta el hospital Beaujon: el mendigo me aguardaba. «¿Habéis hecho lo que os he encargado?—Sí, señor, por cierto que me he visto muy apurado.—¿Por qué?—Me había usted mandado que siguiera á la primera persona que saliera del número 31; pero en cuanto usted se ha separado de mí, han salido dos, que han tomado opuestas direcciones: una hacia arriba, otra hacia abajo de la calle.—Diablo—exclamé,—¿cómo lo habéis arreglado?—Señor—dijo el mendigo,—creyendo que le interesaba á usted mucho lo que me había encargado, he hecho seguir á la persona que se dirigía á Passy, por un monaguillo de la parroquia, y he seguido yo mismo á la mujer que iba calle abajo. De este modo aquel caballero estará satisfecho. El monaguillo vendrá aquí á decirme dónde se ha detenido la anciana que él ha seguido.—Está bien, dije al mendigo, ¿pero usted dónde ha dejado á la persona en cuyo seguimiento iba?—Se ha detenido al extremo del Arrabal del Roule, en una fonda.—Bueno, bueno, dije dando al mendigo doble cantidad de la que le había ofrecido.—Señor, señor, exclamó al ver que me alejaba: el

monaguillo vendrá y sabrá usted á dónde ha ido.—No hace falta, contestéle: habéis tomado vos el buen camino y ya sé lo que necesitaba.»—Ya ve usted, señor—terminó Francisco,—que indudablemente tenía yo razón: el español tiene ya la carta.

—Sí—dijo el conde de Puyrassieux, quien después de estudiar el relato de su criado con suma atención, se había abismado en hondas reflexiones, de entre las que sólo dejaba escapar palabras de vacilación: ¿Qué hacer?... ¿Cómo saberlo?... ¿qué le decía en su carta?... y otras exclamaciones llenas de duda y de desesperación.

—Oiga usted, señor—repuso Francisco,—no he acabado todavía con Inés... Hay que buscar la solución de este enigma y la averiguaré... La camarera de la señora condesa se figura que me ha burlado, pues cree que ha desbaratado mi persecución. Desconfiará, por lo tanto, menos de mí, y si algo hay que saber, lo sabré más fácilmente y se lo comunicaré á usted de seguida.

En aquel momento entraba el marqués Felipe.

—¿Qué significa esto, querido amigo?—dijo el conde.—¿Dónde se mete usted? ¿Qué hace? ¿Por qué no se queda usted en el salón? Sorprende mucho á todos su ausencia; mi ahijada está también intranquila. Ea, nos oculta usted algo: ¡tenga usted confianza en mí! ¿Ha tenido usted noticia de alguna desgracia? Precisa que sea muy im-

portante para preocupar á usted tanto en estos momentos... Si es un secreto que deba usted guardar, no me lo revele... Pero cuando menos, olvídelo hasta mañana. Reflexione en los peligrosos comentarios que podría provocar su ausencia entre las personas aquí reunidas.

—Tiene usted razón, marqués,—contestó el conde.—Tengo, efectivamente, algunas preocupaciones que son enteramente personales, pero que no tienen gravedad alguna, al fin y al cabo. Perdóneme usted si soy indiscreto esta noche... Lo seré menos mañana ó pasado. Es usted persona de experiencia, y si llega el caso le pediré á usted consejo... Por de pronto seguiré el que usted acaba de darme. Ahogaré una preocupación pasajera que, después de todo, podría no ser legítima bajo la alegría de mi dicha actual... Vuelva usted al salón, marqués; vaya usted á ver otra vez á Inés...

—¿Qué significa esto?—murmuró el marqués Felipe mientras el marido de su ahijada había ido á saludar al embajador de España, que acababa de entrar.

En el jardín lucían las estrellas en el cielo de aquella hermosa noche de verano; el aire, más puro en aquel sitio de París que en otros barrios céntricos, llevaba consigo los perfumes que salían de los numerosos jardines de los alrededores saturados por las flores de Junio. Las ventanas del hotel del marqués Felipe brillaban como el pala-

cio de algún cuento de hadas, y podían verse pasar, en el puro brillo de la fiesta nocturna, grupos de mujeres adornadas y parejas unidas dando vueltas al compás de los vals voluptuosos. Era la una y el baile tocaba ya á su término.

En un ángulo del salón, el marqués Felipe, el conde y la joven condesa de Puyrassieux, recibían los plácemes de las personas que se despedían.

El conde parecía haber olvidado todas sus preocupaciones: tenía palabras encantadoras para todos sus amigos, y de vez en cuando se inclinaba hacia el oído de su joven esposa para decirle alguna frase de ternura, á la que ella contestaba con una mirada, en la que el espíritu más celoso no habría podido ver más que amor. Sólo el marqués Felipe tenía el semblante meditabundo y serio: es que, mejor que nadie, conociendo á su ahijada y acostumbado, por su carrera, á adivinar el conjunto de las cosas con el más ligero detalle, el marqués Felipe no estaba tranquilo, con la actitud de calma en que aparecía la condesa, quien había logrado engañar tan bien á su marido que éste llegaba á dudar de todas las historias extrañas que la había contado Francisco. Bajo esta frente pura y blanca, el marqués Felipe, con su mirada escrutadora, á la que nada escapaba, veía pasar la sombra de los agitados pensamientos que llenaban el alma de la joven; por algunos estremecimientos mal reprimi-

dos, que se reproducían á intervalos desiguales, y hábilmente disimulados al conde de Puyrassieux, el marqués seguía el misterioso combate que se trataba en el interior de la condesa; pero como era simple testigo del efecto, ignoraba la causa que lo producía.

No era el marqués Felipe el único que observaba á la condesa doña María. Apartados en un ángulo del salón, y casi escondidos por una columna, estaban también vigilando Tristan y el joven Ulric Remfeld, que hablaban en voz baja.

—Querido difunto—decía Tristan á su compañero,—suplico á usted que considere que, si tiene usted empeño en no ser reconocido, hemos de pensar en retirarnos; de otro modo, su incógnito, que hasta ahora ha podido guardarse en medio de la enorme muchedumbre que llenaba el salón, podrá ser fácilmente descubierto, pues mucha gente se ha retirado ya.

—No queda ningún conocido—dijo Ulric, lanzando al conde de Puyrassieux, que hablaba bajo con su esposa, una mirada cargada de celos.—Tristan, con aquella mirada, comprendió el atroz tormento de que era presa su joven amigo.

—Pero—le dijo con dulzura fraternal,—acuérdesese usted de lo que me prometió y cumpla usted su palabra como yo he cumplido la mía.

—¿Qué es lo que le he prometido?—dijo

maquinalmente Ulric sin perder de vista al conde y á la condesa.

—Yo le había prometido que le introduciría en el baile de etiqueta del marqués Felipe, y hace ya dos horas que estamos en él. Le había prometido que le facilitaría una entrevista con doña María: la ha tenido usted y nadie la ha sospechado. He cumplido, pues, escrupulosamente mis promesas; tenga usted tanta palabra como yo, querido Ulric; acuérdesse que me juró que no permeneceríamos aquí más que el tiempo preciso para que se despidiera usted de esta hermosa señora, cuyo proceder es menos reprobable de lo que usted piensa: pues su muerte la libertaba de todos los compromisos que hubiera podido contraer con usted.

—¡Ea, amigo mío, déjese usted ya de bromas!—dijo Ulric.

—Amigo mío, estoy muy serio y no bromeo en modo alguno. Olvida usted la situación en que se ha colocado, y hace muy mal. Creía yo que los muertos, al dejar este mundo, se despojaban de todas las pasiones que lo agitan; es de creer que me equivocaba, al menos si debo juzgar por lo que veo en usted. Pero al fin y al cabo, ¿qué proyecto tiene usted? ¿Cuáles pueden ser sus esperanzas en la situación actual de las cosas? ¿Qué espera usted de doña María, que no se pertenece ya, que es á esta hora condesa de Puy-rassieex, y que se ha casado por amor, si hemos de creer lo que se cuenta?

—Ahí está su perfidia,—dijo Ulric.—Que al poco tiempo después de jurarme que sólo sería mía...

—Pero amigo mío, no le dejó usted tiempo de ser de usted, y la pobre muchacha ignoraba que usted tuviese el privilegio de salir de su tumba para venir á reclamar el cumplimiento de una promesa, de la que podía perfectamente olvidarse después de la muerte de usted, se lo repito.

—Pues por ella y para ella es por lo que estoy muerto, ó paso por estarlo,—exclamó Ulric.

—Ignoraba este secreto—dijo Tristán,—y cuando tenga usted tiempo le agradeceré me refiera los detalles; pero lo que acaba usted de decirme no cambia en nada la situación. Está usted para el mundo, hasta que se haya comprobado la equivocación, completamente muerto, no lo olvide; tan muerto como puede uno estarlo cuando se ha habitado durante tres meses una fosa abierta en un cementerio inglés á seis pies de profundidad. A estas horas no es usted más que ceniza. Su sér ha vuelto al centro de la producción universal. Es usted carne de gusanos; usted mismo contribuye al rápido desarrollo de los árboles que sombrean su tumba. Las flores que la adornan han nacido de usted mismo, y, en resumen, es usted bastante panteísta para que no necesite yo contarle todo esto. Pues bien, haga usted el favor de decirme qué puede usted

hacer estando así las cosas. ¿No está usted contento con haber podido resucitar un día, y haber venido, bajo su antigua forma, á asustar á una joven que ahora mismo baja del altar? Sólo una cosa me extraña, y es que no haya caído muerta de miedo al ver al fantasma de usted alzarse entre ella y el hombre á quien acababa de dar su mano. Pero dejémos esto: quería usted ver á doña María, á doña Sirena, ya la ha visto usted: quería usted hablarla, ya lo ha conseguido. Era esto cuanto usted pedía esta mañana; ¿qué más quiere usted ahora? ¿qué espera usted aquí? ¿por qué no nos retiramos?

—¡Partir ahora, dejarles solos!—contestó Ulric señalando al conde y á la condesa;— ¡oh! ¡no, no! esto me es imposible.

—Y, sin embargo, es preciso; á no ser que prefiera usted quedarse el último aquí y esperar á que los criados le despidan.

—No esperaré aquí—contestó Ulric, y cogiendo la mano de su amigo, añadió: Le agradezco mucho lo que usted ha hecho por mí, querido Tristan. Le daría gustoso explicaciones que le harían comprender por qué razón me quedo, pero sería esto muy largo. Ha hecho usted por mí cuanto podía hacer; si obro loca ó cuerdateamente ahora, Dios lo sabe; pero no quiero hacer participar á usted por más tiempo de mi locura; sería exigir demasiado. Déjeme usted, pues, y retírese; ó mejor, como usted me ha traído aquí, exige la etiqueta que vayamos juntos al

marqués Felipe, hecho lo cual saldremos los dos, y ya me las compondré yo para entrar de nuevo.

—Pero amigo mío, ¿qué intenta usted?... Ea, hablemos seriamente... está usted sinietro como un final de melodrama y no le dejo en modo alguno solo con esas ideas; los celos son malos consejeros... Comprendo lo horrible que será el tormento de ver á la mujer amada y deseada dando la mano á un hombre que no tardará en deshojar su corona virginal... Pero, se lo repito á usted, amigo mío: usted lo ha querido; ¿y cómo quiere que le diga que no existe usted más que como recuerdo en el pensamiento de doña Sirena?... Tenga usted, pues, serenidad y valor... y véngase conmigo á este balcón: empieza á despertar el alba y dicen que este espectáculo despierta á la virtud.

—No tema usted por mi parte un escándalo; usted me ha traído aquí y no he de comprometerle—contestó Ulric resistiendo á Tristan, que quería arrastrarle hacia uno de los balcones que miraban al jardín.

—Me quedo, amigo mío, me quedo, y para ser franco con usted, le diré que me han rogado que me quedase.

—Presumo al menos que no es el conde de Puyrassieux quien firma la invitación—dijo Tristan.

—La firma su mujer—dijo Ulric en voz baja.

—¡Oh!... ¡imposible, imposible!

—Vea usted—dijo el joven sacando de su bolsillo una esquila que enseñó á Tristan, en el que éste leyó apresuradamente estas palabras:

«Teniendo confianza en su honor y en la promesa que me ha hecho de salir de París mañana al amanecer, accedo á recibir su despedida esta noche. Esperaré á usted en el pabelloncito del jardín, á donde le conducirá Inés. Salga usted del baile cuando yo deje caer un ramo de flores, esta será la seña. Inés está prevenida y vigilará su salida para guiarle al sitio donde hemos de vernos por última vez.

MARÍA.»

—Ya ve usted, pues, que no puedo retirarme.

—Amigo mío, abusa usted de la resurrección—dijo Tristan,—y se expone á que le maten otra vez. El conde de Puyrassieux es un émulo de Otelo, por lo celoso, y alumno de Grisier, por el manejo de las armas. Si llega á conocer esta novela, el resultado es claro, y tendrá usted, para ser todo un hombre privilegiado, la satisfacción rarísima de que le entierren dos veces y en sitios diferentes... Pero vea usted: el salón se despeja poco á poco; acaban de dar las dos y media; por última vez, siga usted mi consejo: vámonos á cenar. Y á propósito de cena: el café inglés ha caído completamente, nadie quiere comer trufas recogidas

en una sucursal de Perigord que se llama los Batignolles. Formalmente, le invito á cenar...

—Cáteme usted, yo iré á encontrarle; pero ahora me quedo... O mejor dicho, me voy, pues acaba de hacerme la seña,—dijo Ulric mirando á doña María que, efectivamente, al levantarse para saludar á una dama había dejado caer un ramo de flores.

—Vámonos, pues—dijo Ulric.

Y los dos jóvenes fueron á despedirse del marqués Felipe y de los dos novios.

—Esta mujer es una obra maestra en el arte de fingir,—pensó Tristan al ver la tranquilidad con que doña María contestaba al saludo de Ulric.

—Ahora, querido amigo—dijo el alemán á Tristan cuando estuvieron en el vestíbulo,—déjeme usted bajar solo y primero; Inés vacilaría quizá á venir á buscarme si me viese acompañado.

—Vaya usted, pues,—dijo Tristan;—esperaré hora y media en el café de Foy, donde voy á encargar una cena para dos *bons vivants*, de los cuales uno está muerto.

Inés, que vigilaba ya la salida, llamó por señas á Ulric en el momento en que éste llegaba al vestíbulo, y le condujo á una habitación antigua, en la que le dejó encerrado, llevándose la llave.

—Volveré á recogerle dentro de una hora,—díjole al salir.

Y ahora—añadió para sí—vamos al otro.

Bajando apresuradamente la escalera encontró á Francisco, que se apoyaba gruñendo en las paredes: estaba ébrio hasta la cuarta potencia.

—Bueno—dijose Inés,—todo irá bien: nuestro vigilante está ciego.

Según costumbre, dos damas habían acompañado á la joven desposada hasta el cuarto nupcial; una era tía del conde de Puyrasieux y la otra parienta del marqués Felipe. Después de ayudar á doña María á despojarse del traje de baile, las dos señoras se retiraron; su esposo y el marqués celebraban mientras tanto una entrevista en el cuarto del segundo.

Doña María se había puesto una bata de *eachemir* blanco ceñida á la cintura con un cordón, algo parecida á las túnicas que llevan las novicias en los conventos. Su cabello negro y luciente por húmedos perfumes, formábase rizos sobre las sienes, haciendo un marco de ébano á su rostro, cubierto en aquel momento de palidez mortal, bajo la que desaparecía casi completamente aquel color moreno que, al contemplarla, hacía pensar en los versos de Alfredo de Musset dedicados á una deidad española.

Sentada en una butaca ante la ventana, la condesa inclinó la cabeza sobre sus manos y permaneció un rato en esta actitud meditabunda, de que la sacó la llegada de su camarera. Viendo entrar á Inés, doña María

se levantó precipitadamente y corrió á recibirla.

—Díme, Inés—preguntóle,—¿has logrado lo que deseábamos?

—Sí, señora.

—¿Y nadie te ha visto?

—Nadie.

—¿Estás segura de esto?

—Completamente. A pesar—dijo Inés sonriéndose—de que me ha encontrado Francisco, el criado, cuando acababa de introducir en mi cuarto á don Ulric. Pero no hay nada que temer; Francisco se hallaba un estado de completa embriaguez.

—¿Ulric está, pues, en tu habitación?

—Sí, señora.

—¿Y el otro?

—En el jardín, con la vieja Beatriz, que ha querido acompañarle para asistirle en caso de necesidad, pues el pobre joven está medio muerto, da verdaderamente lástima.

—¿No has intentado hacerle comprender que me sería imposible, sobre todo esta noche, concederle la entrevista que me pide?

—Lo he probado, señora, pero todos mis esfuerzos han sido inútiles. Quiere ver á usted por última vez. Beatriz, sobre todo, le anima á insistir en sus propósitos, y para el caso en que usted intentara no cumplir la promesa que le hace usted en la carta, el joven Méndez y su compañera Beatriz me han hecho comprender que uti-